

El sobrado atrevimiento
De Diógenes, que estaba
Pisándole aprisa el lecho,
Sin alterarse del caso,
Ni mostrar turbado gesto,
Le dice con alta voz.
— O Diógenes, no es eso
Parecerte mal mi fausto,
Mas usar tu libre exceso,
Y como no tienes casa,
Ni has menester aderezos,
Porque tu secta los veda,
Y tus cínicos preceptos;
Por eso los aborreces
Cual hoy en mi casa has hecho.
No está la filosofía
En tratarte como perro,
Comiendo bajos manjares,
Por no sentir falta d'ellos,
Durmiendo el estío al sol,
Y el frío invierno al sereno,
Abrazando las estatuas,
Cuando mas ofende el hielo;
Que esto todo es diferente
De la secta que profeso:
Y si arguyes mi soberbia,
Tú has sido en esto el soberbio
Queriendo por esta invidia
Mostrar que tienes imperio
Para pisar la soberbia,
Y este fué solo tu intento.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

510.

DIONISIO DE SICILIA Y DAMOCLES.

(De Juan de la Cueva.)

Dionisio estaba en Sicilia
Menos contento que ufano,
En posesion del imperio,
De que se hizo tirano;
Lanzados griegos y locros
Del distrito italiano,
Por amor, por miedo, ó fuerza,
Tenia el imperio llano
Sujeto á su tiranía,
Y á su ánimo inhumano,
De todos obedecido
Y de muchos adulado,
Que cargados de lisonjas
Siempre le andaban al lado.
Entre muchos habia uno,
Mas que todos señalado,
El cual llamaban Damocles,
Que usando el oficio vano
De la vana adulacion,
Un dia con el tirano,
Teniendo abierta ocasion,
Tomó de hablar la mano,
Diciendo: — ¡Oh gran rey Dionisio,
Mas glorioso que hombre humano!
¿Cuál otro vive en la tierra,
Que te sea comparado?
¡Oh Dionisio venturoso!
¡Oh tú bienaventurado,
Que eres igual en el suelo
Con Júpiter soberano!
Dividido está el imperio;
Entre los dos está el mando:
El gobierna lo celeste,
Tú gobiernas lo humano;
Sujeta está la fortuna

A tu poderosa mano:
Todo vive en tu obediencia,
Sujeto tienes al hado.
Marte te obedece en armas,
Y Júpiter en estado;
Febo en saber, y Mercurio
En ciencia en que te ha dotado:
En los signos y planetas,
Ninguno tienes contrario:
¡Nada te falta, Dionisio,
Para que seas llamado,
Entre los hombres del mundo,
El mas bienaventurado! —
Dionisio le estaba oyendo
Todo su proceso vano,
Y para satisfacerlo
De su yerro en este caso,
Y vea cuán sin contento
Es la vida del tirano,
Que es la congoja en que vive
Quien posee lo mal ganado,
Quitóse el real vestido;
Corona y cetro le ha dado:
Pónelo en su mismo trono,
Siéntalo en su mismo estrado;
Cuélgale encima una espada,
En un hilo muy delgado;
Manda que le sirvan todos
Como á él mismo en su estaço.
Tráenle diversos manjares;
Sirvenlo en real aparato;
Resuena el dulce instrumento
En el sublime palacio;
Sube la sonora voz,
Que alegra el sentido humano;
De cuanto pide el deseo
Satisfecho está y pagado.
Todo le parece bien;
Mas está el triste temblando
De ver la desnuda espada,
Que le está encima colgando,
Los servicios le congojan,
Pena le da el verse honrado;
Afligele el verse rey,
Tiembla y gime el desdichado.
En esta perplejidad
Al Rey le dice llorando:
— ¡Oh poderoso Dionisio!
¿En qué te ofendí yo tanto,
Que me trates de tal suerte,
Siendo yo tu leal vasallo?
No soy capaz de tal gloria,
Tú la goza muchos años,
Solo te pido en merced,
Me quites de aqueste estado;
Socórreme antes que muera,
Hazme libre, y ponme en salvo,
Que yo quiero mi pobreza,
Y aborrezco tu reinado:
Prospérente en él los dioses
Cuanto de tí es deseado. —
Oyó Dionisio sus ruegos,
Y á piedad vuelto el tirano,
Mandó quitar al punto,
Y del peligro apartado,
Le dice: — Dime, Damocles,
¿Qué es lo que me has alabado
La suerte de verme rey,
Si á muerte estoy tan cercano?
¿No es mejor pobreza honesta,
Que imperio con tal cuidado?

(CUEVA, *Coro Febeo*.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á LA HISTORIA DE ROMA.

ÉPOCA DE LOS PRIMEROS REYES ROMANOS.

511.

NACIMIENTO DE RÓMULO Y REMO.

(De Juan de la Cueva.)

Con las vírgenes vestales
Está la hermosa Rea,
Que su tío el rey Amulio
Allí la tiene por fuerza,
Desterrándole á su padre
Contra justicia y clemencia,
Por quitarle el reino Albano,
Qu'era suyo por herencia.
Asimismó dio la muerte
A Lauro, otro hermano d'ella,
Con que seguro de todo
Con el reino albanes queda.
La triste Rea quedando
Huérfana y por fuerza opresa,
La cual consumia su vida
Lastimada de su ofensa,
Pidiendo venganza al cielo
De su estrechez y miseria,
Desesperada del medio,
Que dalle remedio pueda.
Estando así en el convento
De la religiosa Vesta,
Entre su virgíneo coro
La virgen vestal profesa.
El hijo del alto Jove,
A la terneza de amor
Todo su furor sujeta,
Viendo la beldad divina
De la virgen vestal Rea;
Y forzado al dulce fuego,
Que al mas fuerte señorea,
El poderoso dios Marte
Ciego y cativo se entrega;
Que en las contiendas de amor
Ninguna fuerza aprovecha.
Dió lugar á la memoria
El dios fiero de la guerra,
Trabando consigo mismo
De las guerras la mas fiera,
Entre amor y su deseo,
Que el uno y otro le apremian,
Dándole el amor esfuerzo,
Y el deseo temor y pena;
Natural cosa al que ama,
Es temer lo que desea,
Cual al dios Marte sucede,
Que lo que desea, recela.
Puesto el tracio dios horrible
En esta horrible contienda,
Temiendo y osando á un punto,
Cosa en el que ama cierta,
Sujeto á su voluntad
Rompió del temor la cuerda
Dejando al libre deseo
Suelta á su querer la rienda:
Y así puesto en asechanza
A la vestal Rea acecha,
Y hallándola sola un dia
A gozar d'ella se apresta;
Que no le otorga su fuego,

Para aguardar mas, licencia.
Llegó á ella y por la mano,
Sin descubrirse quién era,
La asió, y ella pavorosa
La voz mal formada arrecia,
Forcejeando, y resistiendo
Enflaqueció en la defensa;
Que no puede fuerza humana
Resistir divina fuerza.
Tembló el templo, bramó el cielo,
Estremeciése la tierra,
De horror volvió atrás el Tiber
Escondiendo la cabeza,
Y al centro lodoso y hondo
Se dejó calar de pena,
Turbando las claras ondas,
Revolviendo las arenas,
Dando testimonio en esto
Del agravio hecho á Vesta.
Habiendo Marte á su gusto
Gozado de la doncella,
Le dice quién es, y en vuelo
Se desapareció de ella,
Quedando la vestal virgen
Sin el don que mas se precia,
Y de dos hijos preñada,
Indicio de que era rea;
Que las ocultas maldades
El mismo mal las revela,
Cual en este ayuntamiento
Vino á sucederle á Rea,
Quedando por rastro d'él
La preñez, en que se vea:
La cual aunque quedó oculta,
Fué, creciendo, manifiesta;
Llegando el tiempo que Juno
Sacó á ver la luz febea
Dos bellos niños de un parto,
No sin confusion y afrenta
De las vírgenes vestales,
Que al Rey el caso le cuentan:
El cual oyendo el suceso,
Sin que punto se detenga,
Renovando el odio antiguo
Ordenó, ardiendo en cruera,
Cómo padezca la madre,
Y los dos hijos perezcan:
Y así la mandó poner
En una prision estrecha
Donde acabase la vida
En soledad y miseria.
Llamó luego dos criados,
De quien confiarse pueda,
Y contándoles el caso
Los dos niños les entrega
Para que al Tiber los echen
Adonde ahogados mueran.
Los criados diligentes,
Las almas de dolor llenas
Reciben los dos infantes,
Para darles muerte fiera.
Cumpliendo el real mandato
Van á ejecutar la pena
En los tiernos inocentes,
Que en naciendo á morir llevan
Por la culpa de su madre,
Que á su inocencia condena,
Y la tiranía del tío,
Que en ellos su odio venga,
Aunque el disponer del cielo

D'ellos otra cosa ordena;
 Porque llegados al río
 Donde la triste tragedia
 Ha de ser de los dos niños,
 Según orden mortal cierta,
 Iba el río tan crecido
 Tendido por la ancha vega,
 Que poder llegar al fondo
 De la corriente les veda;
 Y así cumpliendo el mandado
 Del Rey, los dos niños dejan
 Echados dentro del agua,
 Y con esto dan la vuelta.
 Mas vuelto á piedad el Tiber
 Por la divina clemencia,
 Recogió en sí la creciente,
 Los niños dejando en tierra
 Entre las ovas y lamas
 Llorando su cruda estrella.
 Acudió al llanto una loba,
 No movida como fiera,
 Mas de humano sentimiento,
 Como si aquello sintiera,
 Y lamiéndoles el lodo,
 Con regalo entre ellos se echa,
 Y á cada niño en su boca
 La loba aplicó una teta.
 En este piadoso oficio
 Esta fiera se recrea,
 O guiada de los dioses,
 O movida de ternera.
 Sucedió que como iba
 Y volvía luego presta,
 Esto hizo tantas veces
 Siguiendo una misma senda,
 Que de Faustillo, un pastor,
 Fué vista y tenida en cuenta;
 Y así siguiéndola un día
 Por los pasos que iba ella,
 La vió tendida en el suelo,
 Y á los niños á sus tetas,
 Usando del mismo oficio
 Que si ella los pariera.
 Aguardó el pastor Faustillo,
 Que la fiera hiciese ausencia,
 Y luego que los dejó
 A los tiernos niños llega
 Movido á piedad humana,
 Tomando ejemplo en la fiera.
 Se cargó de los dos niños
 Y á su cabaña los lleva,
 Y á Laurencia su mujer
 Todo el suceso le cuenta
 Mandándoselos criar
 Como si sus hijos fueran.
 Estos son Rómulo y Remo,
 Del Romano Imperio cepa,
 Por quien fué fundada Roma
 Que fué del mundo cabeza.

(CUEVA, *Coro Febus*, etc.)

512.

EL RAPTO DE LAS SABINAS.

(De Juan de la Cueva.)

Viéndose el hijo de Marte,
 Por quien fué Roma fundada,
 Muy poderoso de gente
 En su ciudad, ya acabada,
 Consideró que este imperio
 Presto acabaría sin falta,
 Porque habiendo tantos hombres,
 Las mujeres les faltaban,
 Para que en aumento fuese
 La generacion romana.
 Habiendo acuerdo sobre esto,
 Rómulo al punto despacha

Legados á las ciudades
 De toda aquella comarca,
 Pidiéndoles su amistad,
 Y dando para ello causas,
 Fuéron los embajadores,
 Y en oyendo su demanda,
 Con afrentosos oprobios
 Los despedían y echaban,
 Diciendo: — Que á advenedizos
 A sus hijas no les daban,
 Y que siendo salteadores,
 Gente pastoril y baja,
 Su amistad ni parentesco
 No les importaba en nada:
 Que casasen con su igual,
 Y hiciesen alianzas.
 Siendo de Rómulo oída
 La respuesta, ardiendo en saña,
 Determinó que acabasen
 Lo que no el ruego, las armas.
 Y porque viniese á efeto
 Su intencion, fingió que estaba
 Enfermo, y mandó que fuese
 Esta nueva divulgada,
 Juntamente apregonando
 Por las ciudades cercanas
 Fiestas á Neptuno ecuestre,
 Y unos juegos de gran fama,
 Dándoles licencia á todos,
 Y la ciudad libre y franca
 A cuantos venir quisiesen
 A las fiestas que ordenaba.
 Sabida que fué esta nueva,
 Ya que el tiempo se acercaba,
 Muchos hombres y mujeres
 Ir á vellas acordaban,
 Con deseo de ir á ver
 La nueva ciudad fundada.
 Y así con hirviente priesa
 Los sabinos se aprestaban
 Con sus mujeres y hijos,
 Y en la ciudad se alojaban,
 Maravillados del sitio,
 De las cercas y anchas plazas
 De la nueva poblacion,
 Que los admira y espanta.
 Llegó el día señalado
 De la fiesta apregonada:
 Comienzan alegres juegos
 Y á salir revueltas danzas,
 Los unos por una parte,
 Los otros por otra banda:
 Estos vienen contra aquellos,
 Y estos á aquellos atajan:
 Ocupan los circunstantes
 Las vistas, memorias y almas.
 Desque los romanos vieron
 La ocasion aparejada,
 No la dejaron pasar,
 Porque no vuelve si pasa;
 Y así, fingiendo un ruido
 Entre ellos, tocan alarma.
 Salen los jóvenes fieros
 Ardiendo en ardor y saña:
 Mézclanse con los que miran,
 Que descuidados estaban.
 A cuál le quitan la hija,
 A cuál le roban la hermana,
 A cuál le llevan la prima,
 Sin poder mas que dejalla.
 Las vírgenes daban voces
 Viendo que así las robaban:
 Cuál del cuello de su padre
 Se ase, y de allí la arrancan;
 Cuál huye despavorida,
 Y con su madre se abraza,
 De donde el romano fiero
 La quita, y por cima pasa,
 Sin moverse á llanto ó ruego,

Ni aplacar su odio á nada,
 Robando solo doncellas,
 Reservando á las casadas.
 Habiendo hecho la presa
 De las vírgenes robadas,
 Para asegurar su hecho,
 Puesta la ciudad en arma,
 Echaron fuera la gente
 A quien d'ellas despojaban,
 Que con triste sentimiento
 Viendo ir los suyos quedaban;
 Mas Rómulo puesto en medio
 A todas su pena aplaca,
 Diciéndoles que su intento
 No era el que ellas pensaban,
 Que era el querer ofendellas
 Y dejallas deshonradas;
 Mas ser con ellas casados,
 Y que aquella era la causa
 De habellas robado así,
 Porque les fuéron negadas
 De sus padres, despreciando
 Sobre el caso su embajada,
 Y que solo aquel camino
 Hallaron para alcanzallas:
 Que perdiesen el temor
 Y despidiesen las sañas,
 Y amasen el que la suerte
 Por marido le entregaba.
 Con tales persuasiones
 Rómulo las aplacaba,
 Y repartidas entre ellos,
 Fuéron con ellos casadas,
 Cabiendo á Rómulo, Hersilia,
 Que en belleza era extremada.
 Ofendidos los sabinos,
 A los dioses se quejaban
 De los perjuros romanos
 Y las armas aprestaban,
 Y con ellos su rey Tácio
 Se pone luego en campaña,
 Y viniendo sobre Roma,
 Su destruccion protestaban.
 Y para principio d'ella
 Un ardid discreto trazan,
 Con que en su primer reencuentro
 Tuvieron en Roma entrada:
 Y fué, que Spurio Tarpeyo,
 Hombre noble y de gran fama,
 Tenia la fortaleza
 A su cargo encomendada.
 Este tenia una hija,
 Tarpeya por él llamada,
 Que corrompida con dones,
 Negando la fe á su patria,
 La puerta que cerró el padre
 Abrió á la enemiga escuadra,
 Que luego que se vió dentro,
 A la infame hembra mata,
 Dando ejemplo con su muerte
 Ser debida y justa paga,
 Y que al traidor no se debe
 Guardar la fe ni palabra.
 Los romanos acudieron,
 Viendo la ciudad ganada,
 Siguiendo tras Hostio Hostilio,
 Su capitán, á cobralla,
 Que atravesado cayó
 Por los pechos, de una lanza;
 Cuya repentina muerte
 A los romanos desmaya.
 Y así, puestos en huida,
 Sin orden, se desbaratan,
 Siguiéndoles Mucio Cuvio,
 Capitán de la otra banda.
 Viendo Rómulo ir huyendo
 Su gente con tal infamia,
 De coraje y de dolor
 Al cielo las manos alza,

Diciendo: — ¡Divino Jove,
 Si aquí tu favor nos falta,
 Vida, nombre, imperio y gloria,
 Faltándonos él, acaba!
 ¡Vuelve pues, piadoso padre,
 En piedad la ardiente saña,
 Y á estos romanos vencidos
 Tu favor aspire y gracia! —
 Esto diciendo, á los suyos
 Se vuelve, y dice en voz alta:
 — Seguidme, amigos romanos,
 Seguidme, gente romana,
 Que aun no estamos tan vencidos
 Que perdamos la esperanza. —
 Sin hablar mas, arremete
 Abriendo una senda ancha
 Por los fieros enemigos,
 Que á unos hiere y á otros mata,
 Derrribando á estos y á aquellos
 Y á cuantos delante halla.
 Los romanos esforzando,
 La cobardia dejada,
 Siguen tras su capitán,
 Que yendo así en la batalla,
 Al capitán Mucio encuentra,
 Que á los sabinos ampara;
 El cual á Rómulo viendo,
 Aprestado de sus armas,
 Le acometió, y el romano
 Como romano le aguarda,
 Y emparejando con él,
 Le privó de vida y alma.
 Los sabinos se retiran,
 Y los romanos se apartan,
 Reformando las dos huestes
 Con mas ira y mayor saña.
 Y queriendo arremetérse,
 Se puso en medio una escuadra
 De las mujeres sabinas,
 Que enternecidas de lástima
 De ver sus padres y hermanos
 Con las armas levantadas,
 De otra parte sus maridos,
 Con quien ya en amor se traban,
 Los unos contra los otros
 Y cuán sin piedad se matan,
 Queriendo ser el remedio,
 Pues del mal eran la causa,
 Puestas en medio les piden
 Que se sosieguen las armas,
 Y arrancando sus cabellos,
 Sus vestidos despedazan,
 Diciendo á voces: — ¿Qué os sirve
 Mataros? Qué se restaura
 Cuando os hayais todos muerto,
 Pues no se remedia nada
 Sino es dejarnos viudas
 Nuestros padres, y afrentadas,
 Y nuestros fieros maridos,
 Sin padres, desamparadas?
 Que de cualquier modo el daño
 Sobre nosotras descarga,
 Si nos matan los maridos
 O si los padres nos faltan.
 Dejad, dejad el combate,
 Dejad la guerra inhumana,
 Volved el odio en amistad,
 Meted las fieras espadas,
 Pues en lo uno se pierde,
 Lo que en lo otro se gana. —
 Esto decían las sabinas
 Derramando tiernas lágrimas;
 Ya rogando á los maridos
 De sus piernas se abrazaban,
 Ya volviéndose á sus padres
 El paso les embarazan,
 Ya al paciente, ya al hermano
 La dulce paz les demandan.
 Fué tan eficaz el llanto

Que sus ánimos ablanda,
Y todos enternecidos
Se inclinan y el odio apartan;
Que lágrimas de mujeres
Cualquiera furor aplacan,
Que al viento en su mayor furia
Y al rayo sujetan y atan,
De la suerte que el furor
D'estos dos pueblos atajan;
Y reducidos á paz
Las fieras armas abajan,
Cuando ya tenían las puntas
Casi en los pechos hincadas.
Hicieron de los dos pueblos
Uno, y una ambas estancias,
Los romanos y sabinos
Con perpetuas alianzas,
Dándole á Roma el imperio
Y el mando en todas las causas,
Por el valeroso esfuerzo
De las sabinas robadas.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

543.

AL MISMO ASUNTO.
(Anónimo.)

Aquel heróico romano,
Fuerte, fraticida y fiero,
De quien toma nombre Roma
Y su edificio soberbio,
Después de habella fundado,
La máquina insigne viendo,
Como mujeres faltaban,
Dió traza á su pensamiento.
Con los romanos concierto
Que tengan públicos juegos,
Y á los sabinos conviden
Para que vengan á vellos.
A la fama de las fiestas
Júntanse los extranjeros;
Que siempre la novedad
Hace livianos los pechos.
Cuál deja la casa propia,
Cuál á su padre siguiendo,
Tras sus pisadas camina
Hasta que en Roma se ha puesto.
Los codiciosos romanos,
Su fortuna lograr viendo,
Mas divulgaban su fama
Desde el turco hasta el flamenco.
Muchos en Roma se juntan,
Unos por el vencimiento,
Otros por ver de la fiesta
El no pensado suceso.
En sus casas los reciben,
Y en sus propios aposentos;
Que traen huéspedes consigo
Que se han de quedar de asiento.
Salen al anfiteatro
Los gladiadores primero,
Vestidos del cuerpo abajo
Blancos calzones de lienzo.
Trábanse los fuertes brazos,
Y con los carnudos miembros
Cada cual forceja aprieta
Para no venir al suelo,
Ya con el fiero leon
O el elefante soberbio:
Del que queda vencedor
Quedaba el contrario muerto.
Aun no lograron su vista,
Que del murmurio en el medio
Los prevenidos romanos
Desnudan el blanco acero.
Creece la confusa grita,
El alarido y estruendo,

Ya de la doncella casta,
Y ya del anciano viejo.
Este la casada coge,
Aquel, la soltera viendo,
Tras la presa se abalanza
Para matrimonio honesto.
Cuál á la temprana viuda
Hace mil prometimientos,
Y cuál, para que conceda,
Le pone un puñal al pecho.
Ya con voz delgada y ronca
Una dice: esposo tierno,
Otra hermano y padre llama
Para que vuelva á su ruego.
No aprovechan los gemidos;
Que el nieto deja al abuelo,
Desampara el hijo al padre
En sangre y en polvo envueltos.
Allí el celoso marido
Abre la puerta á sus celos,
Viendo á la casta mujer
Ser de otro tálamo dueño.
Crece mas el alboroto,
Suben las quejas al cielo,
Y los romanos alegres
Su fortuna van siguiendo.
Queda Rómulo señor,
Con mujeres queda el pueblo,
Dando principio al principio
De tantos triunfos soberbios.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

544.

APOTEOSIS DE RÓMULO.

(De Juan de la Cueva.)

Rómulo estaba haciendo
De su fuerte gente alarde,
En quietud gozando el reino
Ganado con tanta sangre.
Y estando en su tribunal
Asentado con los padres,
Comenzó á bramir el viento
Y el cielo claro á turbarse;
Y con súbita violencia,
Agua, piedra, fuego y aire
Contra la romana gente,
Todo vino á conspirarse,
Con tan fiero movimiento,
Que terror les causó grande;
Y así todos temerosos,
Sin tener segura parte,
Cercados de oscura sombra,
Temiendo aguardan que pase
La tempestad espantosa,
Y su horrible furia aplaque,
Mostrándose el claro día
Con la luz que se vió ántes.
Estando así los romanos
Deseando que se amanse
El terremoto terrible,
La luz comenzó á mostrarse;
Cesó el agua, el aire, el fuego;
La tiniebla se deshace,
Restituyendo el sol claro
Su luz que la sombra aclaró.
La gente empezó á moverse,
Aunque confusa y cobarde;
Los senadores se miran,
Sin que ninguno se hable.
Acuden á ver su rey
Deseosos de hablalle.
Hallaron vacía su silla,
Sin poder jamás hallalle.
Comenzaron á dar voces:
¿Dónde estás, hijo de Marte?
¿Dónde estás, Rómulo fuerte?

¿De aquí quién pudo llevarte?
¿Dinos si, dejando el suelo,
Te llevó al cielo tu padre?
Avisa á tu triste gente,
Que el fin de su rey no sabe. —
D'esta suerte lamentaban
A Rómulo en todas partes,
Llamándole padre y rey,
Repitiendo el nombre en balde,
Sin dar descanso á sus voces,
Ni de llamallo cansarse.
Sosegó el confuso estruendo
Las voces y gritos grandes:
Decían unos que fué al cielo
Llevado á que allá descansa:
Otros, que ya era dios,
Y debían por dios honralle,
Y entre los dioses ponello
Celestiales y penates.
El Senado lo reprueba,
Diciendo ser yerro grave
Que á Rómulo hagan dios,
Ni con tal nombre lo llamen,
Y que entender otra cosa
Era de gente ignorante.
Comenzó á alterarse el pueblo
Contra el dicho de los padres,
Y á levantar nuevas voces
Sin poder pacificarse.
Estando así contendiendo,
Sin que su porfia cesase,
Un varon esclarecido
Por virtud y noble sangre,
Julio Próculo llamado,
Viendo el trabado combate,
Puesto en medio del tumulto,
Dijo en voz alta y suave:
— ¡Oh caballeros romanos!
Dad á las voces remate,
Y lo mismo os amonesto
A vosotros, populares,
Para que en vuestra contienda
Oigais cosas que os espanten:
En lo cual juro á los dioses,
En quien toda verdad cabe,
A los del horrible Huerco,
Y á los domésticos Lares,
Y á los que no conocemos,
Que son de gloria capaces,
De decirnos la verdad,
Porque vuestra duda acabe.
Sabréis que Rómulo sacro,
Hijo del divino Marte,
Y padre de nuestra Roma,
Honor d'ella y de su padre,
Se me apareció en figura
Refulgente y admirable,
De excelente especie, y forma
Mas extraña y venerable
Que vi jamás, ni él viviendo
La tuvo tan elegante;
Con resplandecientes armas
Compuesto, y con nuevo traje:
El cual, viéndome suspenso
De ver claridad tan grande,
Llamándome por mi nombre,
Dijo así en voz mansa y grave:
« Julio Próculo, di á Roma
¿Cuál me ves y me hablaste,
¿Y que los dioses del cielo
¿Quisieron allá llevarme,
¿Que como del cielo vine,
¿Al cielo volví á tornarme.
¿Que mis romanos se esfuerquen;
¿Y no teman que les falte,
¿Y se den al ejercicio
¿De Marte, y d'él no se aparten;
¿Que los dioses le conceden
¿A mi Roma, que contraste

»El mundo, y d'él sea cabeza,
»Y ella lo sujete y mande.»
Cuando llegó á esta razon
Fué suspendido en el aire;
De nueva luz rodeado,
Me dejó, sin mas hablarme. —
Cesó Próculo, y el pueblo
Con nuevo alarido sale
Afirmando lo que ha dicho
Próculo al pueblo ignorante,
Y todos en un acuerdo
Dicen que por dios le acaten,
Y dejando el nombre antiguo
El dios Quirino se llame;
Y en el monte Quirinal
Un templo á Quirino hacen.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

545.

LOS HORACIOS Y CURIACIOS.

(De Juan de la Cueva.)

Los sucesores de Marte
A quien Rómulo divino
Dió nombre y llamó romanos,
Nombre de su nombre mismo,
Habiendo la fiera parca
Llevado á Numa Pompilio,
Eligieron por su rey
Al valiente Tulo Hostilio;
Al cual en tomando el cetro
Envió Cayo Civilio,
Rey albano, embajadores
Con un su recado altivo,
Que ante Tulo Hostilio puestos,
Uno, el mas anciano, dijo:
— Los albanos te requirieron
Que de ti siendo esto oído,
Les mandes á tus romanos
Les sea restituído
Cuanto han robado en sus campos
Violando la fe de amigos,
Y que siéndote avisado,
Si nos fuere contradicho,
Te denunciemos la guerra,
La cual, Rey, te notifico,
Que dentro de treinta dias
Será, y hoy te la publico,
Si en nuestra justa embajada
No vienes, cual te pedimos. —
Cesó el albanes, y el rey
De Roma, le ha respondido:
— A vuestro Rey le diréis
Que yo aceto el desafío,
No dentro de treinta dias,
Sino en este dia mismo:
Que pues el quiebra las paces,
Cual los dioses son testigos,
Pues sus albanos primero
Robaron los campos míos,
Y yendo á pedir justicia
No quiso jamás oílos;
Así ellos d'esta guerra
La causa son y principio;
Para la cual se aperciba
Porque yo ya me apercibo. —
Idos los embajadores,
Y del rey albano oídos,
Su gente puso en campaña,
Que siguiendo su camino,
A cinco millas de Roma
Su campo asentó Civilio,
El cual murió en allegando,
Y dictador fué elegido
Mecio Sufecio, hombre noble,
De Alba fuerte caudillo.
En este tiempo, aprestado

El gran pueblo de Quirino,
Puso su campo á do estaba
Situado el de su enemigo,
Tan cerca el uno del otro,
Que se oían sin dar gritos.
Estando ya los dos campos
Dispuestos y apercebidos,
Para darse la batalla
Todo á punto y prevenido,
Mecio Sufecio envió
A rogar á Tulo Hostilio,
Que se hablasen los dos,
Antes que fuesen rompidos.
Otorgó el romano al punto
Lo qu'el contrario ha pedido,
Y entre los dos campos puestas
Los dos contrarios caudillos,
Cesando de todas partes
El alboroto y el ruido,
Al poderoso romano
El albanes así dijo:
—Yo he visto bien la ocasion,
Y la causa que ha movido.
A nosotros y á vosotros
A esta guerra á que venimos;
Y es, según dió por disculpa
Nuestro rey Cayo Civilio,
Porque no restituistes
Lo que d'él os fué pedido,
Que de los campos albanos
De vosotros fué cogido;
Y no dudo qu'este achaque
Tambien sea de tí seguido;
Mas si la verdad se dice,
Diferente es que se ha dicho,
Porque hacernos tal guerra
Los amigos y vecinos,
Y los que ya en parentesco
Estamos, cuál ves, unidos,
Es codicia del imperio,
No los robos referidos.
Yo no sé si en esto acierto,
Qu'esta la causa haya sido
Que al rey albanos moviese
La codicia, que aquí digo:
Yo fui hecho capitán,
Después que se dió principio
A esta guerra, y considero
El gran yerro que seguimos,
Que ensangrentemos las armas
En los parientes y amigos,
Sino que busquemos orden
Como sea eso impedido,
Y uno quede, de ambos pueblos,
Con entrambos señorios.—
Tulo Hostilio vino en esto,
Y para que sea cumplido
Sin derramar mucha sangre,
De los suyos ha elegido
Tres mozos dichos Horacios,
De un solo parto nacidos;
Que estos contiendan por Roma,
Y defiendan su partido.
Los albanos señalaron
Otros tres, de un parto mismo,
Llamados los Curiaños
De igual fuerza, edad y brio.
Hecho este pacto y firmado
De ambos, luego el Fecial vino,
Tomándoles juramento,
Que todo sería cumplido,
Siendo puesto en sujecion
El pueblo de los vencidos;
Y qu'el pueblo vencedor
Lo tuviese en su dominio.
Luego los seis combatientes
A la batalla han salido,
Y en medio de las dos huestes
Les señalaron el sitio

Para hacer su combate
De los unos y otros visto.
Dió señal la ronca trompa
De dar á su lid principio:
Arremetense furiosos
Siendo el son bélico oído,
Y del encuentro primero
Bos romanos han caído
Muertos, uno encima de otro,
Quedando esotros heridos.
El romano, que vió muertos
Sus hermanos, encendido
En coraje y en esfuerzo,
Aunque en tan cierto peligro,
Consideró que teniendo
Juntos sus tres enemigos,
Peleando todos juntos
Era cierto ser vencido,
Y para ver de vencellos
Convenia dividillos;
Así se fué retirando
D'ellos, con huir fingido,
Y uno de los tres albanos,
Viendo que quedaba vivo,
Partió para él furioso
A darle mortal castigo.
Mas revolviendo el romano
Luego que apartar lo vido,
Con un golpe y otro golpe
Con tal prisa lo ha herido,
Que ántes que lo guareciesen
Sin alma en tierra ha caído;
Y apartándose otro poco,
De otro hermano fué seguido,
Y revolviendo sobre él
Tambien muerto lo ha tendido;
Quedando solo con uno
Lo que en los otros dos hizo,
Y á todos tres despojando
De la vida y los vestidos,
Victorioso dejó el campo
Donde el combate ha vencido,
Y fuese al de sus romanos,
Del cual fué bien recibido,
Y con mucho honor y gloria
En la ciudad fué metido
Con los despojos al hombro,
Que daban del hecho indicio.
Yendo entrando d'esta suerte
Con tal triunfo y regocijo,
Sucedió un caso admirable,
Que por serlo será escrito,
Porque se acabe la historia
Qu'es el intento que sigo.
Horacio tenia una hermana,
Y esta tenia por marido
Uno de los Curiaños,
Que d'él quedaban vencidos;
La cual salió á ver el triunfo
Al hermano concedido,
Y puestos en él los ojos
Alegre del regocijo;
Y como sobre los hombros
Llevase el despojo habido,
Conoció entre los demás
De su marido el vestido,
Que dado le fué por ella;
Y así d'ella conocido,
Al punto soltó el cabello,
Y comenzó en alto grito
Llorando á llamar su esposo,
Culpando al cielo, y destino.
El vitorioso romano
D'esto haciéndose ofendido,
Arrebatado de ira
Y de cólera encendido,
Dió allí la muerte á su hermana
Porque lloraba al marido,
Diciendo: —Quéjate á él

D'esto y de tu desatino,
De tu amor desordenado,
Pues que pones en olvido
La muerte de dos hermanos,
Y la vitoria del vivo,
Y el bien de la cara patria,
Por llorar á su enemigo.—
Horacio fué luego preso,
Y en dura cárcel metido,
Y condenado á morir
Por el crimen cometido.
Queriendo ya ejecutallo
Con muerte dina al delito,
El padre entró en el Senado,
Diciendo: —Padres conscriptos,
Este galardón le dais
A quien os ha redimido
Echando el pesado yugo
Al albanes señorio?
No useis tal ingratitud
Con quien tanto bien os hizo:
Contentaos, que por la patria
Pierdo en un día dos hijos,
Y á uno solo que me queda,
Que os libró cual habeis visto,
Queréis quitalle la vida
Por galardón del servicio?—
Esto les dice llorando,
Y el pueblo á piedad movido
Comenzó á pedir que fuese
Libre Horacio, y no ofendido;
Qu'él bien que les habia hecho
De cualquier premio era dino;
Que si libertad tenían,
Que por su mano les vino;
Que se la diesen al punto,
Perdonándole el delito,
Pues era fácil su yerro
Visto el grande beneficio.
Oyendo los senadores
Las voces del pueblo, y gritos,
Revocaron la sentencia
Y el auto ya proveído,
Dando á Horacio libertad
Y el premio á su honor debido.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

316.

TARQUINO PRISCO, REY DE ROMA.

(De Juan de la Cueva.)

Sin memoria de ser rey
Tarquino Prisco vivia
En Tarquinia, entre los tuscos,
De donde era su familia;
Vivia en humilde estado
Y tenido en poca estima,
Su claro nombre encubierto,
Su prudencia y valentia;
Que todas las buenas partes
La pobreza las eclipsa.
Tanaquil, su mujer, viendo
Quién eran, y cuál se vian,
Afligida de la suerte
Tan infame y abatida
En que estaban tan sujetos
A su fortuna enemiga,
Resuelta en buscar remedio
A la estrechez de su vida,
Que acabando su miseria,
Acabase su desdicha,
Tentó los medios posibles
Y las imposibles vias,
Por ver si por una ú otra
Fuese; porque en la fatiga
La necesidad esfuerza,
Y á los ingenios aviva.

Quiso, llegada á este extremo,
Seguir de su profecía
El curso, y saber del cielo
El fin que á su mal ponía,
Pues de sus altos misterios
Las cosas mas escondidas
Y mas ocultas al mundo,
Le eran claras y sabidas;
Que la gran naturaleza
A Tanaquil hacia digna,
Que comprendiese de ella
Lo que á nadie comunica;
Y tal poder tenia en todo,
Que todo le obedecia
Cuanto la tierra produce,
Y el centro esconde en su sima.
Al mar hacia no moverse,
Cuando en ella combatian
Los cuatro contrarios vientos,
Y mas fiero lo herian;
Hacia temblar la tierra,
Las plantas andar hacia,
Al sol que no se moviese,
Y verse acabado el día,
Bajar el cielo á la luna
A cuanto saber queria.
Pues, estando un día Tanaquil
Congojada y pensativa,
Consultó al secreto hado
Y alcanzó que se veria
Reina de Roma, y Tarquino
Su marido, el rey sería;
Mas hallaba que á Tarquino,
Le costaría la vida.
Esto reservó á su pecho,
Y de lo demás le avisa
A su marido, diciendo
Así, la gran profetisa.
—La miseria que nos sigue,
Hace; oh Tarquino! que viva
Cuidosa, y de este cuidado
Solo un punto no desista;
Y así buscando el remedio
Que nos ha huido y priva
La rigurosa fortuna,
Por una consulta astrigera,
Hallo que tu serás rey
De Roma, y su monarquía
Poseerás por largos años
En quietud libre y pacífica,
Por la muerte del rey Anco,
Que morirá en breves días:
Ponte al momento en camino,
Que importa ser rey tu ida.—
Quedó Tarquino suspenso
De oír lo que profetiza
Tanaquil, y considera
Que Febo en su pecho aspira,
Y que no sin gran misterio
Era aquello que adivina.
En su saber confiado
Al hecho se determina,
Y puesto en camino al punto,
Después de prolija via
Llegó á la gloriosa Roma,
Que el rey Anco poseía;
Y á la entrada de la puerta
Sucedió una maravilla:
Que un águila bajó á él,
Y quitándole de encima
El sombrero, se levanta
Con él, y en alto subida,
Remontándose en su vuelo,
Ya que se perdía de vista,
Volvió á bajar, y á ponelle
El sombrero, que le habia
Quitado de la cabeza,
No sin gran horror ni grima
De Tarquino; mas Tanaquil

Así le dice y anima :
 —Ya van mostrando los dioses
 El fin de mi profecía,
 Y te aparejan en Roma
 El cetro y la real silla,
 Pues el ave del gran Jove
 A coronarte se inclina,
 Porqu'el ponerte el sombrero
 Esto solo significa.—
 Entrando Tarquino en Roma,
 El rey Anco, en su venida
 Mostró alegre sentimiento,
 Sus virtudes siendo oídas,
 Su valor y su prudencia,
 Su consejo y valentía;
 Y así lo metió en su casa
 Para lo qu'el hado urdia;
 Que no ha menester camino
 A quien el hado le guía.
 Tarquino con el rey Anco
 Favorecido vivía,
 Creciendo en amor y gracia
 Con él mas, cuanto mas iba.
 Estando así, la cruel parca
 Despojó al Rey de la vida,
 El cual señaló á Tarquino
 Por tutor y compañía
 De los hijos, que dejaba,
 No en edad, cual convenia
 Para entrar en el gobierno,
 Y romana monarquía;
 En la cual Tarquino electo
 Tal modo tuvo y tal vía,
 Que fué nombrado por rey
 De Roma, y rey se decia:
 Y en este nombre y oficio
 En gran descanso vivía.
 Reinó cuarenta y dos años,
 Y al cabo d'ellos, un día
 Los sucesores de Anco,
 Viendo su gran tiranía,
 Y que por él despojados
 De su reino, padecian
 Necesidad, acordaron
 De quitalle el reino y vida:
 Y así le dieron la muerte
 Librando su patria y silla,
 Cumpliéndose de Tanaquil
 Su mujer, la profecía,
 Que sería rey de Roma,
 Y por ello moriria.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

517.

EL CADÁVER DE SERVIO TULLO, HOLLADO POR SU HIJA.
 (De Juan de la Cueva.)

Muerto dejaba Tarquino
 A su suegro Servio Tullio,
 Que la codicia del reino
 Al cruel hecho lo dispuso.
 Quedaba muerto en la calle
 Sin que le diese ninguno,
 Por amor ó reverencia,
 Al real cuerpo sepulcro.
 ¡Duro y miserable caso!
 ¡Caso miserable y duro!
 Que pudiese la codicia
 Dar la muerte á un rey tan justo,
 Y con tanto abatimiento
 A quien tanta virtud tuvo!
 ¡Oh desengaño, al engaño
 De aqueste engañoso mundo!
 Claro y evidente ejemplo
 Que no hay estado seguro,
 Pues vemos al rey de Roma
 En una calle difunto,

Entre su sangre revuelto,
 Que ni su potencia pudo,
 Ni su piedad ni justicia
 Librallo del trance crudo.
 Tendió sus alas la fama
 Sus lenguas prestando al vulgo;
 Esparcióse el caso horrible,
 Tan triste como fué injusto;
 Llegó la noticia á Tullia,
 Hija del rey Servio Tullio,
 Mujer del que le dió muerte
 Siguiendo el acuerdo suyo;
 La cual llena de fiereza,
 Sobre un carro subió al punto,
 Y al barrio Ciprio encamina,
 Donde el cuerpo quedar supo,
 Instigado el fiero pecho
 De las furias del profundo,
 Qu'el carro le apresuraban
 Al hecho infame y oscuro,
 Que al mundo causó terror
 Y en crueldad fué sin segundo;
 Por que llegando á dó estaba
 El padre de alma desnudo,
 Cubierto de sangre y polvo,
 Tendido en el suelo duro,
 Mandó al que guiaba el carro,
 Que por el cuerpo difunto
 Lo pasase; el cual movido
 A piedad, las riendas tuvo
 Tirantes con ambas manos,
 Lleno de espanto y confuso;
 Y lastimado del hecho,
 A otra parte volvió el curso.
 Mas la inhumana mujer,
 Que tal piedad le desplugo,
 Quiso del carro arrojallo,
 Y sobre el eje se puso
 Instigando los caballos,
 Que huyendo el fiero insulto
 Se retiraban atras
 Bufando; mas al fin pudo
 Mas la violencia inhumana,
 Que la piedad de los brutos,
 Que por encima del cuerpo
 Una vez, y otra los trujo,
 Y con las herradas ruedas
 Despedazándolo anduvo,
 Hasta que miembro por miembro
 Todo desmembrado estuvo.
 Luego que la cruel Tullia
 Satisfecha su ira tuvo,
 Se apeó y cogió la sangre,
 Y sin detenerse un punto
 A sus lares se la lleva
 Y á su marido perjuro,
 Dando ejemplo esta cruel hembra
 De ser la mas cruel del mundo,
 Y que tan horrible ejemplo
 Fuese á las gentes oculto.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

518.

AL MISMO ASUNTO.
 (Anónimo.)

Tullia, hija de Tarquino
 Qu'en Roma rey residia,
 Viendo aquesta mala hembra
 Qu'el padre mucho vivia,
 Por codicia de reinar,
 Que otro sucesor no habia,
 A su padre hizo matar
 A puñaladas un día.
 Matáronle en una calle,
 Y en medio el suelo yacia.
 Tullia, yendo con su carro,

Como siempre ir solia,
 Uno le trujo las nuevas;
 D'ellas recibió alegría:
 Quiso pasar por dó estaba,
 Porque aun no lo creia.
 Los caballos que tiraban
 Cada cual se retraia;
 Tambien de vello, espantado
 L'auriga que los regia
 Comovido de piedad
 Por otra parte los guia,
 Porqu'el Rey no fuese hollado,
 Y que acato merecia.
 Tullia con voces supremas
 Al auriga persuadia
 Que pasase encima d'él
 Y no torciese la via.
 En fin, encima del padre
 Pasó el carro cual venia.
 ¿Quién vido tanta crueldad,
 Ni cual Dios la consentia?
 ¡Una hija que á su padre
 Desmembralle le queria!

(Cancionero, Flor de enamorados.)

519.

TARQUINO Y LUCRECIA.

(Anónimo.)

Aquel rey de los romanos
 Que Tarquino se llamaba,
 Namoróse de Lucrecia
 La noble y casta romana,
 Y para dormir con ella
 Una gran traicion pensaba.
 Vase muy secretamente
 Adonde Lucrecia estaba.
 Cuando en su casa lo vido
 Como á rey lo aposentaba:
 A hora de media noche
 Tarquino se levantaba;
 Vase para su aposento,
 Adonde Lucrecia estaba,
 A la cual halló durmiendo,
 De tal traicion descuidada.
 En llegando cerca d'ella
 Desenvainó su espada,
 Y á los pechos se la puso;
 D'esta manera le habla:
 —Yo soy aquel rey Tarquino
 Rey de Roma la nombrada;
 El amor que yo te tengo
 Las entrañas me traspasa:
 Si cumples mi voluntad
 Serás rica y estimada,
 Si no, yo te mataré
 Con esta cruel espada.
 —Eso no haré yo, el Rey,
 Si la vida me costara;
 Que mas la quiero perder
 Que no vivir deshonrada.—
 Como vido el rey Tarquino
 Que la muerte no bastaba,
 Acordó d'otra traicion;
 Con ella la amenazaba.
 —Si no cumples mi deseo
 Como yo te lo rogaba,
 Yo te mataré, Lucrecia,
 Con un negro de tu casa,
 Y desque muerto lo tenga
 Echarlo he en la tu cama;
 Yo diré por toda Roma
 Que á ambos juntos os tomara.—
 Despues qu'esto oyó Lucrecia,
 Que tan gran traicion pensaba,
 Cumplióse su voluntad
 Por no ser tan deshonrada.
 Cuando Tarquino hubo hecho

Lo que tanto deseaba,
 Muy alegre y muy contento
 Para Roma se tornaba.
 Lucrecia quedó muy triste
 En verse tan deshonrada:
 Enviara muy aprisa
 Con un siervo de su casa
 A llamar á su marido,
 Porque allá en Roma s'estaba.
 Cuando ante sí lo vido
 D'esta manera le habla.
 —¡Oh mi amado Colatino!
 Ya es perdida la mi fama,
 Que pisadas de hombre ajeno
 Han hollado la tu cama.
 El soberbio rey Tarquino
 Vino anoche a tu posada:
 Recible como á rey,
 Y dejéme violada.
 Yo me daré tal castigo
 Como adúltera malvada,
 Porque ninguna matrona
 Por mi ejemplo sea mala.—
 Estas palabras diciendo
 Echa mano de una espada,
 Que muy secreta traia
 Debajo de la su balda,
 Y á los pechos se la pone,
 Que lástima era mirarla.
 Luego allí en aquel momento
 Muerta cae la romana.
 Su marido que la viera
 Amargamente lloraba:
 Sacóle de aquella herida
 Aquella sangrienta espada,
 Y en la mano la tenia
 Y á los sus dioses juraba
 De matar al rey Tarquino
 Y de quemalle su casa.
 En un monumento negro
 El cuerpo á Roma llevaba,
 Y púsole descubierta
 En medio de una gran plaza.
 De los sus ojos llorando,
 De la su boca hablaba.—
 ¡Oh romanos, oh romanos,
 Doleos de mi triste fama,
 Qu'el soberbio rey Tarquino
 Ha forzado esta romana!
 Y por esta gran deshonra
 Ella misma se matara.
 Ayudadme á la vengar
 Su muerte tan desastrada.—
 Desque aquesto vido el pueblo
 Todos en uno se armaban,
 Y vanse para el palacio
 Donde el rey Tarquino estaba,
 Danle mortales heridas
 Y quemáronle su casa.

(Cancionero de Romances.)

¿Pertenece este romance á la clase de los que componian los juglares?

EPOCA DE LA REPUBLICA ROMANA HASTA LAS GUERRAS PUNICAS.

520.

MUCIO ESCÉVOLA ANTE PORSENA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Porsena, rey poderoso,
 A Roma cerco ponía;
 Gran tiempo estaba cercada,
 A romanos mal venía.
 Mucio, muy noble romano,
 Deliberado tenia